

El cine y el doble

**Giancarlo
Carbone**

En cine siempre escuchamos hablar del doble, es decir de aquel otro actor que reemplaza a la estrella del film en las escenas de de-

masiado riesgo. Este segundo actor o doble es el que se arriesga, el que se juega la vida en las pruebas difíciles y por último, él es quien hace posible que la imagen del héroe doblado, reemplazado, no decaiga ante la expectativa del público. Pero no es precisamente de él de quien hablaré, sino más bien de ese otro doble (quizás el verdadero) del cual nos habla Edgar Morin en "El cine o el hombre imaginario" o J.P. Sartre en "L'Imaginaire". Me refiero a la imagen mental que el espectador pone en movimiento y materializa apenas empieza a oscurecerse la sala de la moderna caverna, dando inicio a una danza de luces y sombras (de la misma manera que hace 5 mil años atrás, el Wayang Javanes realizaba su magia, su juego de sombras sobre las paredes de las viejas cavernas de Java).

Este doble es una imagen o reflejo que no se disocia del mundo y por sobre todo es "la presencia de una ausencia". Ahora, cuando las luces y sombras proyectadas sobre la pantalla se transfiguran, se convierten en doble; es como si ellas cobraran vida, como si el original descendiera y se encarnara en la imagen, como si los personajes estuvieran presentes en carne y hueso. Es justamente en este momento que la imagen deja de ser imagen y se transforma en el otro-Yo, en ese Yo-adormilado que despierta, en ese Yo-oculto que empieza a dejarse ver, en ese Yo-reprimido que se libera y empieza a realizar lo impensado. . . . ese otro-yo es precisamente nuestro doble.

El cine, ya lo decía E. Morin, refleja la realidad, pero es también algo que se comunica con el sueño. El cine es una "magia mecáni-

ca" que se metamorfosea en hechizo y transforma o desdobra "el ver" en "visionar". Todo está allí: lo real, lo irreal, lo maravilloso, lo feo, lo fantástico; absolutamente todo, todo está allí cuando el doble trata de expresar lo expresable y lo inexpressable. Mientras las imágenes fijas de la pintura y la fotografía no logran despertar completamente a nuestro doble; el cine, el movimiento de la imagen cinematográfica lo logra sin mayor dificultad: poco a poco la verdad objetiva de la imagen se va cargando de subjetividad. Es decir, parece más animada, más intensa, más profunda que la realidad; parece como si la imagen tomara cuerpo, relieve y autonomía. . . .; parece como si estuviéramos dentro de ella reencontrándonos con nuestro tiempo perdido, realizando o tratando de realizar lo que siempre quisimos realizar, explicándonos lo que siempre quisimos explicar, encarnándonos en los personajes en que siempre quisimos encarnarnos y sobre todo participando de lo que siempre quisimos participar.

El espectador antes de proyectar su doble en la pantalla, concentra en sí mismo (en esa imagen mental que estoy llamando doble) todas sus necesidades de individuo, todas sus ambiciones de vida como podrían ser: el don de ubicuidad, el poder de la metamorfosis, la omnipotencia mágica e incluso la inmortalidad. Con esto quiero poner en evidencia, que la visión del doble por parte del espectador, es el reconocimiento de uno mismo con todos nuestros temores y deseos, nuestra bondad y maldad. Reconocer al doble es reconocer a nuestro "Yo" y a nuestro "Super-Yo"; él es la proyección de la individualidad humana

sobre una imagen que le permite exteriorizarse, hacerse presente y reconocible ante su Yo-consciente. A través del doble, el individuo descubre la potencia de su Ser ya que, paradójicamente, el doble es el umbral más antiguo y reciente de la humanidad, él es el signo primero y último de los sucesivos agregados que forman al hombre, él es la imagen y el mito del hombre.

Antiguamente necesitábamos de la noche, de la sombra, de las situaciones de gran choque emocional para reconocer a nuestro doble; hoy, con el cine, basta pagar la entrada a la moderna caverna y sentarse a esperar unos minutos para descubrir y/o reencontrar a nuestro doble e iniciar un viaje por estructuras espacio-temporales que nos pertenecen. En el cine nuestro doble nos muestra su pasado, su presente y su proyección sobre el futuro; él nos descubre simultáneamente la angustia, el terror y la liberación, desdobra sin cesar la vida y abre a la comprensión nuestro imaginario. De allí la importancia que tenga hoy, el redescubrimiento del doble de entre las imágenes que se proyectan sobre la pantalla, y digo "redescubrir" porque actualmente el doble se disuelve, se pierde en el reflejo, en la sombra divertida, en el ensueño querido. Ya nadie se acuerda de él, nadie lee sus claves, sus mensajes cargados de protesta, de ansias de liberación y revelación de lo que nos oprime desde dentro y fuera; incluso la "conciencia lúcida" lo toma como un "bluff", como algo decadente, alienado y con valor negativo. Contra esto E. Morin dice: "El doble a pesar de su olvido y decadencia, vagabundea alrededor de nosotros y se impone al menor aflojamiento, al primer temor, al supremo pavor"